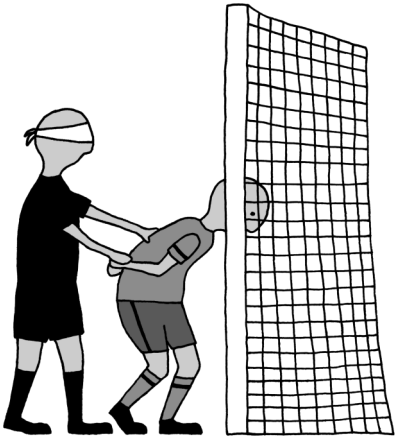
El uruguayo que hay en mí



EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

Esta historia podría empezar cuando dejé de gritar los goles de la selección Argentina, o cuando me puse a leer filosofías anarquistas y a considerar absurda la idea de patria, o incluso mucho antes cuando me enojaba que mi padre hablara de los extranjeros como si fueran basura; y ya llevo muchos años de mi vida sin ser de otro lado más que de donde estoy en ese preciso momento, una especie de nacionalismo existencial propio que sólo reivindica mi libertad a ser simplemente yo mismo en este mismo lugar, cosa que solía decir con cierta ironía burlona hacia las instituciones y sus fieles creyentes, y a la vez, con toda la seriedad que esta opinión merece.

La cuestión es que actualmente no me encuentro recorriendo mi tierra natal, por así decirlo, o sea la República Argentina, sino otros lugares de Sudamérica, un poco para darle el gusto a mi curiosidad desbordante, otro poco debido a la crisis económica que en estos tiempos atraviesa aquel país que me otorgó el documento de identidad que llevo alojado ahora mismo en mi bolsillo; no por mí sino por las dudas, especialmente las de alguna autoridad vigente. Y lo que parece que sucede es que cada nación tendría su cualidad particular, según entienden las grandes personalidades de la patriótica sabiduría popular que murmuran a los gritos sus conocimientos en la materia por importantes avenidas y pequeñas callejuelas, y a los nacidos en Argentina, en algunos de esos otros lugares de Sudamérica, se les suele adjudicar el terrible pecado de la soberbia.

Pero bien, más allá de la crítica que pueda yo hacer de la exaltación de la humildad que desarrollan la mayoría de las doctrinas ideológicas humanistas, especialmente el cristianismo, y de la apología que también pueda yo hacer de la soberbia, o del orgullo propio, como valoración de mí mismo sobre cualquier superioridad que se me quiera imponer, tengo que considerar mi capacidad diferente para conseguir recursos, por no hablar sin eufemismos compasivos directamente de discapacidad comercial, que sería un poco ofensivo para conmigo aunque bastante cierto, y por tanto de mi necesidad de caer simpático a las millares de personas a las que les canto unas lindas canciones a cambio de su colaboración voluntaria en algún restaurante de algún pueblo, por ejemplo, de Perú. Es por eso que hace ya casi tres años que tomé la decisión de presentarme siempre como "uruguayo", salvo cuando la otra persona tiene la autoridad suficiente para requerir mi documento de identidad, claro está.

Esto lo hago especialmente para intentar que se vea en mí, por supuesto desde el punto de vista de los prejuicios inmediatos de aquella patriótica sabiduría

popular, la humildad, es decir, la característica contraria a la de soberbia que me correspondería como argentino que supuestamente soy. Si la soberbia debe ser despreciada y la humildad valorada, también desde esos prejuicios inmediatos de la sabiduría popular, y si me encuentro en la situación de necesitar que me valoren para poder sobrevivir, la estrategia de marketing, por llamarla de alguna manera, que se me ocurre elegir es la de hacerme pasar por un uruguayo proveniente de un país chiquitito, lejano, poco competitivo y que tuvo un presidente que vivía en su ranchito y que nunca se robó un peso. Y esto no es ninguna novedad ni yo soy un genio de nada; si Gustav Mahler se hizo pasar por católico para triunfar en la ópera de Viena, ¿por qué yo no me puedo hacer pasar por uruguayo para también triunfar, en este caso en los restaurantes de Sudamérica?

La jugada comercial iba funcionando bien, un poco también porque mi repertorio no se componía de tanguitos ni chacareras sino de valses criollos típicos de la región, hasta que sucedió lo impensado. Se enfrentaron por las eliminatorias del mundial de Qatar los seleccionados de Perú, el país en el que me encontraba, y de Uruguay, el país del cual yo decía venir, y la situación era compleja. Brasil, Argentina y Ecuador ya habían clasificado, y lo que estaba en juego era el cuarto lugar para la clasificación directa y el quinto lugar para ir al repechaje, esto es, un partido definitorio con una selección que podía ser de Australia o de Emiratos Árabes Unidos. Uruguay tenía 22 puntos y Perú 21, faltando sólo una fecha más de eliminatorias. A todo esto, habría que agregar que acechando en el sexto puesto aparecía, con 19 puntos, el seleccionado de Chile, país actual propietario del morro de Arica y de toda una región que, según los historiadores oficiales de la propaganda patriótica de Perú, habría sido alguna vez territorio propio de la nación peruana, lo que viene complicando las relaciones diplomáticas de ambos países gravemente hace mucho más de 100 años. Chile, a su vez, tenía que jugar el que se considera habitualmente como el partido más difícil de todos, o sea con Brasil en el Maracaná de Rio de Janeiro, lo cual era un alivio para la selección de Perú que, de todos modos, también tenía que jugar de visitante en el estadio Centenario de Montevideo.

Así el asunto, a mí sinceramente me daba lo mismo cualquier resultado; de hecho, ni siquiera me importaba lo que pasara con el seleccionado argentino, pero justo me encontraba en un hospedaje en la ciudad de Abancay, cerca de Cusco, en una habitación con televisor, y me pareció divertido ver el partido como si de verdad me importara, y lo hice. Llegando el final del primer tiempo, Uru-

guay mete el 1 a 0 y se van al descanso. En el segundo tiempo Perú es un fantasma, Uruguay maneja la pelota pero no lo define y llegan al minuto 90. Mientras tanto en el Maracaná, Brasil ya le había hecho 4 goles a Chile, así que la derrota de Perú en Montevideo no era tan grave, todavía dependían de ellos mismos, como se dice en el folklore del futbol en referencia a la autonomía con respecto a las posibilidades numéricas de lograr un objetivo, aunque el empate seguía significando una eventual clasificación directa. El árbitro da 5 minutos de alargue, y cuando el partido se extinguía, un pelotazo de un jugador de Perú obliga al arquero de Uruguay a retroceder, y en el momento en el que este toma la pelota en sus manos, según el punto de vista de la cámara de la transmisión televisiva, pareciera ser que, como se dice en estos casos, se metió con pelota y todo.

En el futbol de hoy en día existe una instancia de justicia superior y tecnológicamente más efectiva que la percepción propia del árbitro del partido que se conoce como VAR, asistente de video del referí, y que se compone ni más ni menos que de cámaras de vigilancia que controlan a los jugadores y a la pelota misma para poder dictaminar, en el caso de que la verdad del responsable de la justicia en el partido, es decir el árbitro, no sea perfecta, una verdad plenamente verdadera que deje satisfechos a todos los espectadores que pretendan una solución racional a cada una de las instancias del juego. Volviendo entonces al partido, el árbitro deja que el arquero de Uruguay tenga la pelota y que se la pase a sus compañeros, dando a entender que, al menos desde su punto de vista, nada importante ha sucedido, mucho menos un gol de Perú en el último minuto que podía significar para el seleccionado peruano poner al menos un piecito en el próximo mundial de futbol. A raíz de esta decisión del árbitro, los periodistas de América TV, canal de televisión de Perú, dan automáticamente por hecho de que fue gol, sin lugar a dudas, y empiezan a esperar que los oficiales del VAR le indiquen por radio al árbitro que efectivamente había sido gol. Pero los segundos se suceden uno tras otro y del VAR ni noticias. A todo esto, el técnico de Perú y los suplentes están enardecidos y a los gritos en el borde de la cancha, y los periodistas de América TV vociferan furiosos que les robaron el partido, que el VAR es una vergüenza y que Uruguay no necesitaba de esta ayuda para llegar al mundial. Y luego, inevitablemente, el partido termina y el seleccionado de Uruguay se impone por 1 a 0 al seleccionado de Perú en el estadio Centenario de Montevideo por la anteúltima fecha de las eliminatorias para el mundial de Qatar 2022.

Ahora volviendo a mí, que no por pecar de soberbio me considero el protagonista de esta historia, de pronto soy consciente de mi mala suerte y me doy cuenta de que el envoltorio uruguayo de mi estrategia de marketing no me iba a servir más, al menos dentro del territorio de la República de Perú. Lo que me podía servir en su momento para asociarme al concepto de humildad ahora sólo me era tan útil como un cartel gigante colgado del cuello que dijera "sí, soy un ladrón, y me quedo con lo que más querés". Apago el televisor, no salgo a cantar esa noche porque me imagino que iba a haber mucha gente enojada, y empiezo a evaluar la posibilidad de volver a ser argentino. En última instancia, al soberbio se le permite reflexionar y eventualmente cambiar de parecer, pero al ladrón, si es posible, no se le permite ni siquiera escapar.

Al día siguiente entro a cantar al primer restaurante y por supuesto lo último que se me hubiera ocurrido decir, como solía decir habitualmente, es que venía de Uruguay, desde ya. Empiezo con el primer tema, un vals criollo de Rafael Otero López, y veo en la pantalla del televisor que estaba encendido en una esquina del restaurante las imágenes del VAR que mostraban con claridad que el aparente gol de Perú en verdad no había sido gol porque la pelota no había entrado enteramente al arco. El VAR tiene una cámara, especial para estos casos, que muestra un punto de vista como desde el tiro de esquina, en el que se superponen los dos palos del arco y la línea de gol se ve de frente y no de perfil, como se ve comúnmente en la transmisión televisiva. O sea, el punto de vista de los periodistas, el día anterior en ese minuto fatídico, había sido doblemente sesgado, metafórica y literalmente. Su intenso deseo de que fuera gol y, a su vez, la diagonal que se marcaba entre su posición y el arco, el sesgo metafórico y el sesgo literal respectivamente, los había hecho ver, sin lugar a dudas, que la pelota había entrado, que había sido gol, que les habían robado el partido, que el VAR era una vergüenza y que Uruguay no necesitaba de esa ayuda para llegar al mundial. Pero ahora, una verdad más verdadera, la que arroja la tecnología con su visionaria exactitud, confirmaba que la precaria percepción del juez del encuentro, con su mísera humanidad, había estado en lo correcto. El tema que estaba yo cantando, titulado "Mis algarrobos", es un tema hondamente sentido, o al menos así me gusta interpretarlo a mí, pero de pronto me empiezo a reír de toda la situación y vuelvo a reconsiderar la idea de presentarme como uruguayo. Claro, si no había sido gol, no había robo alguno, el VAR, lejos de ser una vergüenza, estaba funcionando perfectamente y por eso no le habían avisado nada al árbitro del partido en su momento, y la única ayuda que

había recibido el seleccionado de Uruguay es la del pibe que metió el gol al final del primer tiempo y que selló el 1 a 0 definitivo, y a llorar a la iglesia, como se dice en estos casos.

Pero lamentablemente la cosa no termina acá. Ya se había activado un viejo y conocido dispositivo, el del orgullo patriótico con el que disparan constantemente casi todos los medios de comunicación, y el testimonio cierto de las herramientas tecnológicas del VAR no iba a ser suficiente para doblegar la pasión del sesgo metafórico que reclamaba a gritos, sea como sea y más allá incluso de cualquier razón verificable, ver esa pelota adentro del arco y, si es posible, la clasificación para el próximo mundial de futbol. Un rato más tarde, entro en el segundo restaurante y mientras me doy el gusto de cantar mi versión de "La flor de la canela" de Chabuca Granda veo en el televisor, en un programa de variedades entretenidas y dinámicas del mediodía, que no por nada se llama "En boca de todos", que están pasando las imágenes sesgadas de la transmisión televisiva del partido del día anterior con un cartel sobreimpreso que dice algo así como "la rabia de Perú por un gol polémico anulado". Y eso no fue todo. En este programa hay un monigote peludo con forma de ardilla que baila y hace cosas muy graciosas que hacen reír mucho, o por lo menos esa es la idea, y en esta ocasión su gracia fue enfrentarse a golpes con una gigantografía tamaño natural del árbitro del partido del día anterior, el mismo que no había percibido con su rudimentaria visión el gol de Perú que la tecnología del VAR tampoco había reconocido. Primero lo tiró al piso de un puñetazo bien dado y después se le fue encima para rematarlo, y de milagro los conductores lograron detenerlo y hasta restauraron de pie a la gigantografía del árbitro que todavía estaba bastante bien y que no había sufrido demasiados daños. En la tapa de los diarios de mayor circulación también mostraban la imagen sesgada del arquero de Uruguay tomando la pelota aparentemente dentro del arco y también hablaban de gol polémico y de que les habían robado. Le dije a un señor que miraba estos titulares junto conmigo frente a un puesto de diarios que el VAR había mostrado que no había sido gol, como pidiéndole explicaciones del sesgo informativo, y me dijo que él había visto que la pelota había entrado. "¿En dónde?", le pregunté. "Yo lo vi", me respondió. "Sí, como a Dios que lo vio y por eso cree que existe", le dije, medio en broma y medio enojado. Y una señora apareció de atrás y me dijo que las imágenes del VAR habían sido modificadas, que el creador del VAR había dicho que las imágenes se podían falsificar. Entonces comprendí que estábamos ante una conspiración tan grave co-

mo la de la supuesta llegada del hombre a la luna, o que la fe mueve montañas incluso donde no hay montañas, aunque si la fe las movió es porque ahí estaban y punto.

Hoy ya pasó un mes entero de aquel partido. Uruguay clasificó directamente al mundial en el cuarto puesto, Perú quedó quinto esperando el repechaje, y yo estoy viviendo en el Cusco cantando en los restaurantes e insistiendo todavía con el cuento de que soy uruguayo. El otro día un señor me dijo "ustedes nos robaron un gol". Ahora se me ocurre que le podría haber contestado "y a ustedes la Iglesia y el Estado les vienen robando con los tributos hace miles de años y no dicen ni media palabra", pero en ese momento sólo se me ocurrió seguir hablando de futbol y le dije "mire, a mí no me gusta ganar con trampa, por eso el día del partido me molestó que anulen ese gol, pero al día siguiente, viendo las imágenes del VAR, a mi capacidad de razonamiento le costó mucho ver la pelota entrando enteramente en el arco", y él me respondió "bueno, muy poquito faltaba para que entre", confirmando que el fanatismo patriótico y lo que yo llamo capacidad de razonamiento no se llevan muy bien ni siquiera ante la más concreta evidencia. Por lo demás, no tuve mayores inconvenientes. Otro señor me dijo que los chilenos, ayudados por los ingleses, les habían robado un pedazo de su tierra, pero que con los uruguayos eran "patas", que en Perú significa compañeros o amigos, y otro me hizo referencia, con respetuosa emoción, al ex-presidente de "mi país", Pepe Mujica, que era un ejemplo de integridad, que unos árabes le habían querido comprar su auto viejo por 4 millones de dólares y que no lo había querido vender.

Yo sinceramente me alegro de poder manipular toda esta demencia nacionalista a mi favor, aunque a veces recuerdo con nostalgia mis discusiones antipatrióticas cuando pretendía lograr que el mundo no se llenara de nacis. Encontré un empaque amigable, casi neutro, que me permite andar relajado jugando a las banderitas de colores con todo el mundo sin entrar en detalles inconvenientes de mi pensamiento político, y en ese sitio de confort ya ni pienso en cómo perdí la batalla cultural ni en cómo el mundo se llenó efectivamente de nacis. Sin embargo, últimamente me está dando ganas de contraatacar, y quizás lo haga muy pronto. Puede que insista y le dé el gusto a mi terquedad; esta parodia extravagante podría ser un buen comienzo. Volveré y seré yo mismo.

Rene Mostrenco

"Pensar que yo no soy de acá donde está mi cuerpo ahora sino de donde alguna vez nací hace tantos años es una locura, lo mismo que pensar que mi verdadera vida será, luego de mi muerte, en el reino de los cielos y no acá y ahora mismo. Pero la pregunta es la siguiente: ¿el hecho de que miles de millones de personas piensen como locos, hace que sus pensamientos dejen de ser una locura nada más que porque son muchísimos?" (Rene Mostrenco)

"Puede que tengas tu razón desde el punto de vista estadístico, pero ¿y si las imaginás únicas? ¿No te comunicarías con las personas de una manera más hermosa, y no disfrutarías mucho más, y tal vez hasta logrando más tu objetivo?" (Ismael Meribá)

"Dar ese paso, nos conduciría a lo indecible, porque la lengua, indigente, no tiene una palabra para definirme y «el verbo», el *logos*, no es, para mí, más que una simple palabra." (Max Stirner)